

La misión

Pedro Jiménez Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

L A M I S I Ó N Tomé la decisión temblando, con verdadero terror, pero algo en mí me decía que había elegido lo correcto.

Cuando mi amigo Jaime, que lleva cuatro años en las Misiones, me lo propuso, creí que estaba de bromas. Pero no había nada parecido a una sonrisa en sus labios, ni la más mínima mueca. "No bromeo con el dolor de los pobres", me dijo con algo de severidad.

Me cegaba la luz que traspasaba el cielo estival, claraboya entre restos de nubes cuando lloraba la tarde. "Piénsatelo, por favor: sería sólo en tu tiempo de vacaciones. Se trata de una vez en la vida y nosotros necesitamos personal", fueron sus últimas palabras cuando el crepúsculo ya agonizaba, y se encendían las primeras farolas anaranjadas de la noche.

Yo jamás me había planteado algo parecido. Mis veranos habían sido lo que se puede llamar "típicos": sol, playa y descanso. Vacaciones al uso, nada destacado.

Pero Jaime había venido de visita a España y aprovechó para cargarme con semejante responsabilidad: dedicar mi mes de vacaciones a trabajar de voluntario en su Misión, en Tanzania, uno de los países más pobres del continente negro, al menos, en aquel entonces.

Yo nunca había salido de Europa y, desde luego, jamás había pisado un país empobrecido.

"Malaria" fue la primera palabra que se me grabó en la mente; pero no fue la única de un elenco de ellas, que sólo servirían para ponerme realmente nervioso.

Pero hice lo único inteligente: una vez tomada la decisión, me negué a mirar atrás.

La suerte estaba echada y, de algún modo, entendí que si iba a hacer algo bueno por los demás, tenía que salir bien la experiencia. La vida no podía ser tan injusta como para permitir otro final.

Y me planté en Tanzania. Nada más llegar a la Misión, me admiró la capacidad de desenvolverse de mi amigo Jaime, que se movía con verdadera soltura entre tanta pobreza y tanto dolor. Es como si su anterior estancia allí ya le hubiese anestesiado.

A la hora de haber pisado aquel terrible lugar, aquel infierno en vida, una monja que corría ajetreada de aquí para allá, me dejó a un niño pequeño

en mis brazos. "Acúnalo un momento", me dijo.

Aquel pequeño no tendría más de cinco añitos y se consumía por una fiebre que le hacía tiritar. Estaba hirviendo. El crío me echó los brazos al cuello y me acercó su cara.

Tenía los ojos enrojecidos y se le salía una lágrima.

A los quince minutos de haberlo cogido en brazos, al chico le entraron unos espasmos de agonía, se convulsionó entero y cerró sus ojos, quedándose completamente inmóvil. Estaba muerto.

Fui corriendo hacia la monja y le dije, sin poder contener el llanto:

- Hermana, ¿por qué me ha hecho usted esto? No ha servido para absolutamente nada que yo cogiera al pequeño.

Ella me miró con dulzura a los ojos y me respondió:

- Te equivocas: ha servido para que entre en el Cielo un cuarto de hora antes.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com